

Madre de todos los habitantes de estas tierras

En enero de 1999 el Papa Juan Pablo II promulgó el día de la Virgen de Guadalupe como fiesta de la Iglesia en toda América. En aquella ocasión también se refirió a la Virgen de Guadalupe como la Estrella de la Primera y de la Nueva Evangelización en América. Como mexicano que estuvo presente en aquella memorable ocasión, me dio mucho gusto escuchar estas palabras en la mismísima Basílica de Guadalupe. Pero lo que más me llamó la atención es que el Santo Padre le haya encomendado todo el continente a la Morenita del Tepeyac.

Escuchar esa encomienda de la boca de Juan Pablo II me tomó por sorpresa. ¿No era acaso María de Guadalupe la protectora de los mexicanos, así como cada país en el continente tiene su propia avocación mariana, su propia experiencia con la madre de nuestro hermano y redentor? ¿De qué manera es Guadalupe la patrona de todos en el continente Americano y qué nos dice hoy?

Al poco tiempo tuve una experiencia en Guatemala que me ayudó a responder estas preguntas y a entender a la Guadalupana como madre de todos en América. La ocasión de mi viaje a Guatemala fue participar en el II Congreso Continental de Misionero, al cual asistieron más de tres mil misioneros representando a todos los países del continente. Durante la celebración de apertura del Congreso se llevó a cabo una procesión en la que se incluía a dos imágenes representando la unidad continental. Una de ellas era una replica exacta de la imagen de la Virgen de Guadalupe, la cual había recorrido todo el continente. Sentí una gran emoción al ver entrar la imagen de la Guadalupana entre el aplauso de una multitud tan diversa como el continente mismo. Fue muy simbólico ver como la imagen grabada en la humilde tilma del indio Juan Diego le abría paso a otra imagen muy venerada sobre todo en Guatemala, el Cristo Negro de Esquipulas.

Esta experiencia misionera me permitió ver como María de Guadalupe reúne y protege a todos sus hijos en América y constantemente anuncia a su Hijo como nuestro hermano y salvador. También me ayudó a entender que ella es portadora del mensaje amoroso y liberador de su Hijo Jesucristo para todos los pueblos de América, desde la Tierra de Fuego hasta Alaska.

La lectura de la *Exhortación Apostólica La Iglesia en América* me ayudó a profundizar sobre el significado original y actual del mensaje Guadalupano. “El continente americano, que históricamente ha sido y es crisol de pueblos, ha reconocido en el rostro mestizo de la Virgen del Tepeyac un gran ejemplo de evangelización perfectamente inculturada.” (Iglesia en América, # 11)

La primera evangelización se dio en medio del choque de culturas y de razas hace casi 500 años. Fue entonces cuando María de Guadalupe se apreció en estas tierras con la apariencia de una joven mestiza, en la cual se afirmaba la dignidad de las razas y las culturas que formarían un nuevo pueblo. Un pueblo

americano y mestizado que surgiría de la sangre misma del indígena americano, del europeo y más tarde también del negro africano. Esta realidad fue plasmada en un poema escrito en 1978 con motivo del Segundo Encuentro Nacional de Pastoral Hispana y que dice: “Es así que fuimos lo que ahora somos. Hijos de indio, negro y español, unidos todos en un gran amo; un pueblo diverso que juntó el Señor. Es así que fuimos lo que ahora somos”

Se pudiera decir que el mestizaje es la dimensión humana de la globalización y que María de Guadalupe es la presencia más unificadora. Su mensaje liberador sigue siendo motivo de alegría, esperanza y consuelo para aquellos que sufren rechazo por su raza, cultura o pobreza. A su encomienda también se ha unido el más vulnerable de todos los seres humanos. Como la Madona Embarazada, Guadalupe es la patrona de los niños no nacidos.

“Oye, hijo mío el más desamparado, digno Juan: ¿A dónde Vas?”

“Sabe y ten bien entendido en tu corazón...que soy la madre del Dios de Gran Verdad, de Aquel por Quien Vivimos, del Creador de las Personas...”

“...Deseo vivamente que en este lugar me levanten una ermita. En ella mostraré y daré a las gentes todo mi amor, mi compasión, mi ayuda y mi defensa. Porque soy la Madre misericordiosa, de ti, y de toda las naciones que viven en esta tierra...Allí he de oír sus lamentos y remediar u curar todas sus miserias, penas y dolores.”

“...No se turbe tu rostro ni tu corazón, no temas... ¿Acaso no soy yo aquí tu Madre? ¿No estas bajo mi sombra y mi regazo?...”

Las palabras de María de Guadalupe resuenan hoy tanto como ayer. En ellas se define con claridad el mensaje liberador de Dios, sus destinatarios y la misión a seguir. Es sin duda un mensaje de Adviento que anuncia con urgencia la venida del Salvador; la plenitud de buenas nuevas que son motivo de consolación y alegría.

Al comienzo del Siglo XXI, vivimos en un mundo globalizado en donde está teniendo lugar un nuevo mestizaje. La movilidad humana constante, la interacción cultural, e incluso los matrimonios interraciales, están dando lugar poco a poco a un nuevo continente, sobre todo aquí en Estados Unidos. En su rostro morenito, Guadalupe encarna a los pueblos indígenas de todo el continente, primeros destinatarios de su mensaje liberador. A través de ellos y de su confianza en la Madre del verdadero Dios, ese mensaje llega también a los españoles, a los mestizos, a los negros y, como diría la misma Guadalupe a Juan Diego, a todos los habitantes de estas tierras.

Es en este contexto que entendemos el porqué la Fiesta de la Virgen de Guadalupe, celebrada el 12 de diciembre, se esta convirtiendo en una celebración litúrgica que reúne a los fieles de distintas culturas como una sola comunidad de fe, una parroquia.

Al igual que otras celebraciones litúrgicas multiculturales, es importante que el mensaje Guadalupano armonice con las lecturas dominicales y con la temporada de Adviento. La selección de la música es de particular importancia para lograr esta armonía y darle un sabor propio a la celebración. El canto de entrada, por ejemplo, debe crear un ambiente de bienvenida en el que toda la asamblea pueda participar. Un canto de entrada bilingüe, con ritmo alegre y letra sencilla que hable de distintos pueblos y razas reunidos es recomendable para esta ocasión. La participación de danzantes de distintos orígenes culturales en la procesión, incluyendo a los tradicionales matachines como anfitriones, pueden crear un ambiente de mística alegría y profunda unidad. El uso de instrumentos indígenas como flautas y tambores puede evocar la presencia de Dios en los pueblos de América a través del tiempo. La decoración del templo con rosas es también recomendable ya que son el símbolo escogido por María de Guadalupe para plasmar su imagen.

En algunas parroquias se hace una presentación breve de las apariciones antes de la Misa o incluso después de la homilía. En otras se presentan flores ante la imagen de Nuestra Señora después de la comunión al tiempo que se entona un canto suave y de reflexión. El canto puede enfatizar el agradecimiento a María por su protección maternal ó puede resaltar el compromiso de decirle sí a Dios como lo hizo María. El canto de salida puede ser similar en ritmo y movimiento al de entrada, pero con un énfasis en la misión de ser portadores de la Buena Nueva de Jesucristo así como María, quien nos acompaña en nuestro caminar como pueblo de Dios.